

Tehuacán, fué con el objeto de arreglar varias divisiones, como diré, del Norte que estaban desarregladas, y cuyo territorio estaba en la demarcacion de su mando, segun la distribucion hecha por la junta de Zitácuaro: esta empresa era muy difícil, pues para acabarla cumplidamente hubiera sido preciso comenzar ahorecandole á los primeros gefes, hombres escandalosos, inmorales, ladrones y enemigos de todo orden y buena disciplina.

Llegado Morelos á Tehuacán será bueno dejarlo en aquella ciudad de indios, y seguirle los pasos á Castillo Bustamante, que se ocupaba entonces en hacer lo mismo con los americanos situados en el pueblo y cerro de Tenango.

El general Rayon pudo haber consumado la obra de destruccion de Castillo Bustamante, comenzada en el ataque y derrota que sufrió en la calzada de Lerma; pero temió á la disciplina de los derrotados. En semejantes casos nunca debe contarse con el soldado que obedece, sino con el gefe que lo manda, Bien habia mostrado su impericia Bustamante, y así era preciso multiplicarle los golpes antes de que se rehiciése, como se verificó en ruina de Rayon, contando con la victoria segura, pues el soldado vencido no es hombre, sino una máquina desconcertada por el pavor. Así se lo hizo entender el célebre cura de Nopala D. José Manuel Correa, que se ofreció á hostilizar á Bustamante con la regular division que tenia á su mando, y con que en aquella sazon se habia venido á agregar al ejército de Rayon. Mas ya que mentamos á dicho párroco, y toca principalmente á un cuadro histórico hablar de hombres de tan buen temple como este, nos vemos en el caso de dar idea de su mérito, puesto que se adquirió una justa celebridad entre los primeros campeones de nuestra revolucion, asi como lo hemos hecho con *D. Francisco Ayala*. Nada de lo que yo diga saldrá de mi cabeza, y todo lo tomaré casi literalmente del manifiesto que he visto de este eclesiástico veraz. Harélo en la siguiente carta.



CARTA CUARTA.



SUCESOS MILITARES DEL GENERAL, CURA DE NOPALA, D. JOSE MARIA CORREA.

A PRECIABLE amigo.—En 12 de noviembre (dice Correa) de 1810 se descolgaron sobre mi pueblo los génius del mal, *Cruz y Trujillo*: mi adhesion al sistema no dejó de traslucirse, por lo que me ví condenado á ser pasado por las armas, sin embargo de que no me comprobaban delito alguno. Mandáronme con cartas al virey Venegas, quien me remitió al arzobispo Lizana, y este me privó de mi beneficio. Sucedióle el cabildo en el gobierno por su muerte, y siguiendo sus máximas, ó sea venerando sus caprichos, me obligó á poner coadjutor sin oirme, y me condenó á la miseria.

A pocos dias volé á mi curato, y ví que mi coadjutor se habia ausentado: me presenté al comandante *D. J. Antonio Andrade*, que venia como fiera rabiosa á asolar á Nopala: le hice algunos obsequios, agazajándolo como á un príncipe, y le franqué víveres; así es que entró de paz y sin estrépito; pero como este tigre * solo se alimentaba con sangre, salió á hacer una correría

* Esta esposicion es literal del manifiesto, no se crea que la ha inventado el historiador. Está llena de dignidad y fuego que caracterizaba á este excelente párroco y buen patriota.

por los cerros de aquel lugar, y despues de confiscar los pocos bienes de los infelices indios, condujo á mi casa cural una cuerda de diez y ocho indizuelitos pastores y leñeros (entre ellos dos jovenzuelos españoles muy honrados). Entró lleno de triunfo y algazara, montado en ira y rebosando orgullo, gritando á grandes voces.... *mueran, mueran* estos traidores insurgentes. Al momento salí á defenderlos en consorcio de los mas dignos vecinos del pueblo; interpuse mis respetos, alegué, me anodadé, gemí... mas no pude evitar aquel horrendo sacrificio. El zahuan de mi casa fué la cruenta ara en que aquellos Abéles derramaron su inocente sangre. ¡Ah que horror! Su candor, su modestia, sus ayes lastimosos, sus miembros destrozados, sus corazones palpitantes, su humeante sangre, ¡tantas víctimas! He aquí el instante de mi inauguracion en el campo de Marte. No era yo un hombre sino una leona á quien han robado sus cachorros. Aquella sangre vilmente derramada clamaba á mi oido con acento agudo incesante: juré por el Ser que existe antes del tiempo, vengarla... Abandoné la oliva del santuario, y empuñé la espada del cielo.

Andrade habiendo inmolado los corderos dió sobre el pastor, y decretó mi muerte; mas un aviso oportuno hizo que me fugase á los bosques donde encontré á un capitán de América llamado D. Andrés del Pino, en el sitio de Nayi, quien como á las nueve de la noche recibió orden de D. Miguel Arriaga, comandante de una division de cuatrocientos hombres, en que le ordenaba pasarse á recibir las mias.

Arriaga que me conocia, mandó formar la tropa de su mando y me proclamó su comandante, haciendo que en el acto se me reconociese con esta investidura. Fueron en vano mis humildes y tenaces súplicas y escusas. Por último acepté contra mi voluntad y mandé hacer alto ínterin ponía un oficio á Chito Villagran, dándole parte de lo acaecido y pidiéndole me auxiliase con su division, que constaba de cien dragones y sesenta infantes. No se detuvo un instante este jóven: marchó en el momento, y se puso á mis órdenes: le previne se pusiese en movimiento combinado, y resolvió atacar á Andrade que se hallaba en mi curato desconsolado y furioso por no haber logrado la presa; pero en

breve lo consolé presentándome á su vista con seis carabineros haciéndole fuego, al que contestó con el de un cañon, echándome encima toda su caballería. En este acto puse en dispersion mi naciente grupo, y á fuego vivo le impuse respeto, y saliendo en retirada hasta la *Venta Hermosa*, donde no esperaba mi division. Esta, pues, se presentó tan bizarra que intimidó á Andrade, que se gloriaba de envolver cinco mil hombres ó *cabras* (asi llamaba á sus paisanos los americanos) con quince de los suyos. Hizo pues, formaciones, evolucionó, se me fué encima creyendo intimidarme; pero yo le recibí con firmeza, y desprecio: salí al encuentro, y en el primer choque le maté un oficial y seis infantes, cuyo golpe le intimidó en términos que se vió obligado á colocarse tras de unas cercas y un arroyo, y despues de un vivo fuego de mas de cuatro horas, observó que le cerraba por los flancos é impedia la retirada. Al instante cobardemente corrió cubierto de ignominia á merced de la noche, dejando el campo lleno de heridos y cadáveres, y para mí enriquecido de despojos. Esta victoria fué á 26 de setiembre de 1811.

Andrade diria, ¿cómo este hipócrita párroco á quien hace diez dias ví postrado y cosido con el polvo, cubierto de lágrimas, y elevando sus manos ácia mí, ahora me derrota, y confunde? ¿De dónde ha cambiado por la estóla del santuario la banda de general, y el humo del incensario por el del cañon? ¿Cómo ha reunido esta tropa? ¿cómo la ha equipado? &c. &c.

Voló la fama de este acontecimiento, y los plácemes y vivas que me tributaban mis compatriotas, compensaban superabundantemente mis fatigas, especialmente cuando recibí el despacho de brigadier y comandante en gefe de Huichapam y Xilotepec, por la junta de Zitácuaro.

En desempeño de mis deberes marché á la villa del Carbon, donde se hallaba el coronel D. Antonio Columna aniquilando aquellos pueblos; le presenté batalla, pero tan enérgica, que *ví, llegué y vencí*, estrechándolo á una violenta fuga, en que perdió el honor, y despues la vida (de una fiebre.)

Concluida esta accion marché para el puesto de Calpulalpam, en donde ataqué un convoy, no llevando mas de doscientos hom-

bres, y siendo la tropa que lo custodiaba mas de mil y quinientos de todas armas, fuera de arrieros y traficantes: los puse en dispersion quitando mas de quinientos tercios de abarrotes, azúcares, ropa &c. Mis reclutas alanceaban á los chaquetas con mas denuedo y coraje que D. Quijote las manadas de carneros.

Con el botin comencé á uniformar mi division: la aumenté hasta el número de quinientos soldados que despaché para Cadereita á atacar á *Sierra, y Torrecuadra*, que se hallaban arrasando aquella villa y pueblos inmediatos, deteniéndome con solos cincuenta hombres en Nopala para combinar mis planes, y poner en salvo el armamento quitado al enemigo.

En 2 de noviembre de 1811, á pesar de que Andrade reunido con el teniente coronel Castro y Michilena me opusieron una fuerza de mil y quinientos soldados de línea, impuse respeto con aquel puñado de hombres que me acompañaban: salí en retirada para mi destino dejando burladas sus tres divisiones que penetraron hasta Huichapam, desde donde pusieron el ridículo parte al gobierno de México de que me habian matado el caballo, y quebrado una pierna, quedando muertos en el campo mas de quinientos de mi division, y que el *infame Correa* no volveria jamas á presentarse ante sus huestes vencedoras, y que aun seria difícil sobreviviera á sus heridas é infortunio; pero el mutilado Correa el 11 del citado noviembre presentó (segun el parte de Sierra y Torrecuadra) veinte mil hombres en la accion que gané ese dia, y solo eran quinientos con tres cañoncitos, aunque el parte asegura que batí con cuatro, y dos culebrinas. El miedo multiplica los objetos, y hace ver prodigiosos fantasmas á los azorados.

Al regresarme de Cadereita en fines de noviembre citado, atacué el convoy por segunda vez, y matando alguna tropa y oficiales que custodiaban un coche de lujo (que denotaba ser tal vez del comandante, segun lo guardaban), lo avancé á lanza y bayoneta; pero estaba vacío, porque quien lo ocupaba era el Sr. obispo de Guadalajara Ruiz Cabañas, quien huyó por entre el monte creyéndose perdido. La noticia alborotó á mi grupo, y lleno de entusiasmo mis oficiales me pedian les permitiera seguir el

alcance á aquel prelado.... ¡Buena presa!... ¡buena presa! (me decian) son rehenes preciosos, y por su rescate nos daran muchas sumas.... Necesité de toda mi firmeza para sosegarlos é impedir el que aprehendieran á dicho prelado. Si lo hubiera retenido ó hecho retroceder á México, acaso habria yo hecho un gran servicio á la causa de la revolucion. Algo me valió la accion, pues logré algunos despojos, y los caballos y monturas de los oficiales.... *Del lobo un pelo.*

La noticia llegó en breve á México, y como en el arzobispado me tenian presente, se me fulminó un anatema en todos los pulpitos de la capital y fijó excomulgado *vitando* en tablillas de todos los templos de la diócesis. Cuando lo supe me mantuve con la tranquilidad que no tuvo D. Quijote cuando acometió la aventura del muerto, y supo que el *Br. Alonso Perez*, era *persona de iglesia*, y estaba mal parado bajo su mula. El Hidalgo echó la culpa á su lanzon, yo siempre tuve por inocente á mi espada.

Partí para Zitácuaro á auxiliar á la junta á tiempo que Calleja iba á atacar á aquella villa: me avisté con aquel tigre en los llanos de S. Felipe del Obrage el 14 de diciembre; destaqué una partida de veinticinco dragones, y aunque se empeñó en provocarle reiteradamente, no se atrevió á disparar un tiro; pero puso un parte á Venegas, diciéndole.... que Correa pasaba para Zitácuaro con mas de mil hombres, no llevando mas de trescientos.

En 22 de diciembre llegué á Zitácuaro, y me mantuve en esta plaza hasta principios de enero de 1812 que nos atacó Calleja sin poder resistirle mucho tiempo por la gran ventaja de sus posiciones, y porque su artillería era muy superior á la nuestra. Fué precisa la retirada, que se verificó sin orden. Yo me mantuve firme en el centro cercado de peligros, sosteniéndola en la salida de Sta. María, hasta que en la plaza no quedó un soldado. Salvé mas de quinientos individuos, llevándolos por delante del mismo Calleja. Este hecho es notorio, y casi existen todos los que disfrutaron de este beneficio.

Mi anhelo era proteger la junta, único apoyo de nuestras esperanzas. Esta corporacion fijó el carácter de nuestra revolucion en la Europa, que hasta entonces habia tenido el de un tumulto

ó sedicion. Seguí su retirada, haciendo alto cuatro dias en Tiquicheo, donde la reuní y conduje hasta Tlalcham, y quedando bien resguardada con escolta y municiones, regresé á mi provincia con solos diez y seis hombres, pues los restantes habian salido á espedicionar con D. Ramon Rayon, de orden de su hermano el general. Llegué por último á Nopala, á principios de febrero: reuní mi division, animé á los subalternos con una proclama á que se me reuniesen á sostener nuestro congreso, logrando por este medio sufocar la disidencia, que ya comenzaba á sacar la cara. Esto era consecuencia de las desgracias, pues ni aun en los matrimonios no hay paz, cuando las desdichas aquejan á los consortes. Llegué, pues, sin armas ni pertrecho, porque todo fué presa del vencedor en Zitácuaro, y era de necesidad absoluta, por lo que á costa de mil afanes planté una fábrica de cañones. Esta empresa ha sido una de las mas afanosas de mi vida, pues se me presentaron dificultades insuperables; pero la necesidad es la madre de todas las artes que el tiempo perfecciona.

Cuando estaba mas afanado en mi fundicion, fuí asaltado por el comandante español *Ondarza*, en la madrugada del 5 de marzo de 1812. Condújolo á mi posada un vil asistente mio, prisionero hecho en S. Juan del Rio: cercáronla completamente los enemigos á tiempo que yo me incorporaba en la cama: rompen el fuego por los cuatro costados sin dejarme retirada, y he aquí un lance bien apurado: era preciso vender cara la vida, ya que se trataba de perderla. Salto de la cama, tomo un fusil, rompo la línea, y me pongo en salvo; penetran la casa, y no hallándome en ella, lavan sus inicuas manos con la sangre de seis inocentes paisanos, y prenden fuego á la casa ¡valiente hazaña! pero dentro de dos horas *Ondarza* tiene que huir de mi division á gran prisa, y que llevar el turbante del moro que se le fué. Mi tropa, entusiasmada por mi escape, dió un banquete, hubo brindis, abrazos, bombas y juramentos de vencer ó morir á mi lado, esto compensaba los trabajos y peligros pasados. Llegó el deseado momento en que monté y probé dos cañones de á cuatro, y dos pedreros; fué el 20 de abril, dia en que recibí un oficio del ge-

neral Rayon en que ordenaba me acercase á Zinacantepec con la division de mi mando. Marché, pues, con setecientos hombres, y mi artillería. No asistí al ataque que se dió en Toluca por falta de tiempo, pero sí me hallé pronto á auxiliar en el de Lerma, y despues en el de Tenango, en donde acredité valor y patriotismo. Rechazado varias veces Castillo Bustamante, lleno de rabia y desesperacion por la pérdida de muchos oficiales y soldados, hasta reducirlo al último conflicto, pudo haber sido totalmente destruido cuando le seguian nuestras tropas; mas entónces se recibió orden del general Rayon para que nos retiráramos á Tenango. Esta retirada me costó un agudo y peligroso dolor espasmódico que me puso á las puertas de la eternidad, proveniente de la colera que me agitaba, viendo perdida la accion mas favorable de dar un golpe maestro al gobierno español, y renovada la imprudencia de Annibal cuando por no perseguir en su derrota á los romanos se enlazaron los sucesos, y fué víctima de este descuido militar. No me faltó ocasion, ni tropa, ni conocimientos; pero era necesario ser insubordinado, y primero debe perderse el mundo todo, que en un ápice falte á la obediencia de sus gefes el que es soldado, y ha renunciado de su voluntad. †

En 3 de junio llegamos á Tenango, y á pesar de mi quebrantada salud se me encomendó el importante punto del Veladero; mas mi division se puso bajo de mando ageno, sin comunicárseme el motivo: solo se me dejaron noventa granaderos y tres cañones, con los que rechacé al enemigo cuatro dias consecutivos, y aunque acometido dia y noche, no se me dió auxilio.

En 6 de dicho mes á las á cuatro de la mañana asaltaron los españoles los fosos y plaza de Tenango, por un sumo descuido del comandante de ella, y pretendieron hacer otro tanto en el punto del Veladero; pero los recibí y rechacé cinco veces, saliendo la tropa dispersa bajo los fuegos de mi batería. Creyeron que habia habido dolo de parte del gefe de dia. Yo salí á las diez y media con mi puñado de hombres por entre mas de dos mil españoles, cortando la línea, y perdiendo la artillería; pero sin que

† Así pensaban los gefes de la insurreccion en el año de 1812. Ninguno de los que obraron de este modo tuvo una suerte desgraciada.

me hirieran ni un solo soldado. Marché á mi departamento á esperar resultas y llorar mi desgraciada suerte. Jamas me oprimió mas la melancolía; llovian sobre mi pátria las desgracias, y por ellas perdiamos en el concepto de los que confunden la malicia con el infortunio, y califican las cosas por su éxito, no por su moralidad.

Despues de la derrota de Tenango (dice el Sr. Correa) y dividida la suprema junta, pasó el Sr. Rayon á Nopala, y me mandó le acompañase á la expedicion de Ixmiquilpam. Allí se acabó de realzar el valor de mis dragones, pues habiendo puesto el enemigo una emboscada en el puente á tiempo que yo tomaba posicion en el punto nombrado la Media Luna, se me cargó reiciamente, y cuando creyó derrotarme, lo fué él, y puesto en fuga con pérdida de un oficial y mas de treinta dragones del marino Casasola. Al dia siguiente penetré el puente: eché abajo dos parapetos, y marché hasta la plaza rompiendo paredes, menos la última por esperar el auxilio de los Villagranes y Polos que traia á retaguardia; mas á pesar del desamparo en que me ví, sostuve el fuego hasta las cuatro de la tarde, en compañía del coronel Lobato. Ordené una retirada militar, sin perder mas de un cañon que se nos reventó, y desbarrancamos en el rio, y llegando al punto de nuestra posicion, no encontramos mas que la huella de los compañeros que habian retirádose antes de tiempo abandonando los cañones en el camino. Esta conducta me hizo acreedor al grado de Mariscal.

Siempre amé el órden y respeté á los que procuraron hacernos entrar en él: fué por tanto constante mi adhesion al general Rayon, y esto me atrajo el ódio de sus colegas los vocales Verduzco y Liceaga, los cuales comisionaron á Villagran para que me desarmara á toda costa, teniendo yo que poner en movimiento toda mi astucia para evadir un golpe que era menos funesto á mi persona que á mi nacion. Fué tal la tempestad y tan violento el huracan que contra mí se levantó, que esta época fué la mas difícil de mi vida. Me abandonó el valor, me faltó la presencia de ánimo, desapareció la paz de mi corazon, estuve á punto de matarme, y solo me salvó (despues de los auxilios divinos) la consi-

deracion de que todavia podia ser útil á mi patria, y de que si no lo era, podria vender muy cara mi sangre á los enemigos de ella. Tantos males suscitados por los mismos americanos, excitaron vivamente mi sensibilidad, y me acarrearón una dolencia nerviosa que me hizo buscar é implorar socorro de un párroco; pero este se empeñó en convertirme *políticamente*, y en que me indultase. Estos eran los grandes resortes del gobierno español, fundado sobre la hipocresía. Recibílo como un insulto, y viendo su tenacidad, y sospechando que me jugase alguna felonía, pues estaban en aquella época rotos los vínculos sóciales, me retiré de su casa á una cabaña. La enfermedad se me agravó, y se me administraron los Santos Sacramentos: algo mas restablecido escribí al inmortal Morelos el estado actual de las provincias del Norte y Poniente, detallándole muchos acontecimientos que deberian serle muy útiles: le hago ver la necesidad que habia de que tuviéramos una entrevista, y le pido me señale sitio para ella.

El cura que jamas olvidó su proyecto de separarme de las banderas de la libertad, no perdonaba medio, aun de los mas reprobados, para conseguirlo. Dió aviso á D. Nicolas Gutierrez, comandante de Toluca, quien con doscientos hombres vino á marchas dobles hasta los montes de Chiapa para sorprenderme; pero erró el tiro y se volvió avergonzado. En seguida me mandó llamar el párroco con un dependiente suyo, espresándome que tenia un negocio muy grande que comunicarme: acudí á la cita, me recibió placentero, é hizo rodar la conversacion sobre lo estenuado de mi salud, el mal pago que dan los hombres, y me describió pintorescamente la vida del campo, dulce y pacífica. Pero ¡cuánta fué mi sorpresa al oír un grande estrépito, ver correr despavoridos los criados, crecer la algazara y presentarse el comandante Revilla con mas de doscientos de la tropa del rey, que gritaban.... *aquí está Correa, amarrémoslo....!* Mi párroco sacó de la bolsa un papel, y asiendo al comandante del hombre, le dice con aire burlon.... Correa ya está indultado. †

† Otro tanto me iba á pasar en S. Salvador de los Comales con un cura que me citó confidencialmente para aquel punto; pero le olí la trampa y quedé burlado. Destacaron luego de Puebla un crecido número de dragones; Ignacio Luna los ata-

En efecto, este intrigante era autor de aquella tramoya; la tenia forjada de tiempo atrás é impetrado del virey y arzobispo mi indulto. Convinó su plan con Gutierrez y Revilla, y logró ponerme en alternativa de admitirlo ó morir. De comandante en comandante fuí remitido en calidad de reo, sufriendo los mayores insultos del gobierno de México, quien me entregó en manos del Sr. obispo Bergoza.

De pronta providencia, y sin perjuicio de la causa me recetó una tanda de ejercicios en la Casa Profesa, con el objeto de que abjurase mis errores, y curase mi conciencia; pero antes de referir lo ridiculo y violento de esta escena, me creo obligado á asegurar, no solo como hombre de honor, sino con juramento que hago, que en el silencio de las pasiones examiné la justicia de la causa que con tanto ardor habia sostenido, y la hallé, no solo honesta, sino santa y debida, y que ratifiqué en la soledad mis propósitos de seguirla hasta morir. Estos ejercicios fueron (permítaseme la comparacion) como un sacramento de confirmacion que me robusteció para nuevas peleas. El obispo Bergoza, como si yo fuera monja capuchina, me manda espresamente con el *Dr. Tirado*, ¡exceso criminal! pero me fué preciso sucumbir. . . . Desabroché mi conciencia con aquel inquisidor, el cual formó un melodrama, en que con asistencia de dos eclesiásticos me levantó la excomunion, exigiéndome un execratorio juramento de fidelidad á España, y jamas tomar armas contra ella. El *Dr. Monteagudo* me prometia á nombre del virey, que como mudara de conducta se me daria la comandancia que quisiese. Quedé viviendo en la Profesa, afectando una contricion que no tenia, hasta que dispuestas mis cosas me fugué el 6 de octubre de 1813, á costa de los mayores riesgos é inmensos sacrificios, y me reuní en Chilpancingo con el Sr. Morelos. Parece que todos los males se me reunieron entonces en un foco, y que se vació la fatal caja de Pandora sobre la América.

El ejército de Morelos, el mas brillante y florido, perdió la accion en Valladolid el 24 de diciembre, yo me mantuve firme,

có en la cañada de Ixtapa, les mató treinta, y yo ya habia pasado para Oaxaca.—
Lic. Bustamante,

aunque cercado de peligros, hasta las siete del dia 25, recogiendo cadáveres y salvando heridos, encaminando extraviados, y puesto en retirada, me uní al Sr. Matamoros, quien no admitió mis consejos de retirarse á las costas á reponerse para poder seguir la empresa. Probamos fortuna, la que nos fué demasiado adversa en *Puruarán, Chichihualco, y Tlacotepec*, de que resultó la total destruccion del ejército. Fué ya preciso mudar de aires, y emprendí una difícil marcha hasta llegar á las playas de Veracruz.

Unido al Lic. Rosains, que me nombró su segundo, pacificamos el levantamiento de aquellos negros que estaban en absoluta insubordinacion. Lo mas glorioso que tuve en esta jornada, fué que en Acasónica, (jurisdiccion de Huatusco) se le dió el título de coronel al modesto jóven *D. Félix Fernandez*, quien lleno de entusiasmo tomó el sobre nombre de *Guadalupe Victoria*, teniendo yo el honor de apadrinarlo en la posesion de su empleo.

Partí de aquella costa deseando encontrar un sitio resguardado y defendido para plantear un fuerte donde nuestro supremo gobierno pudiese sin agitacion ni sobresalto atender á las obligaciones de su instituto. Descubrí el cerro Colorado, junto á Tehuacan, el cual, á juicio del atrevido coronel Evia, con muchos miles de hombres no podia sitiarse ni rendirse. No describo su situacion topográfico-militar por no extraviar mi plan, y solo diré que fuí el ingeniero y el peon que diariamente andaba mas de cuatro leguas, subiéndolo y bajándolo cargando desde su falda hasta su cúspide, grandes piedras, arena y utensilios, derramando sangre de pies y manos á la fuerza y continuacion de este duro, pero loable ejercicio.

El año de 1815 pasé á Puruarán, y se me dió la comandancia de Uruapam, renovándoseme la graduacion de mariscal. Permanecí en ella poco tiempo por causa de las revueltas que suscitó el *Dr. Cos*. En este estado sufrió la pátria el fatal golpe de la prision del Sr. Morelos y destruccion de la junta subalterna de Uruapam. Volé á favorecerla en compañía de Torres, Rosales, Hermosillo, Yarza, Vargas y otros subalternos, poniendo en fuga al génio discolo que habia dividido aquella corporacion.

Aquí recibí la infausta nueva, de que otro perverso había disuelto el soberano congreso creado en Chilpantzinco, el 14 de diciembre de 1815. Me hallaba en Uruapam, y sin perder momento marché á proteger y sostener mi cerro Colorado, que miraba como el paladion de nuestra libertad. Me faltaron los auxilios, y á medio camino me hallé cortado por todas partes, y en medio de miles de satélites del gobierno español, y de cobardes indultados que ya abrazaban la mas injusta de las causas. Era preciso tomar un partido: deje, pues, mis vestidos: me ajusto un coton y calzoneras de gerga, y barba larga: tomo un pasaporte con el nombre de Juan Vargas en el pueblo de Ozumba, y me acomodo de mozo de un arriero que hacia viage á Tehuacán, unas veces á pie, descalzo otras: caminé sesenta leguas cuidando de la recua, y desempeñando á satisfaccion de mi amo las obligaciones respectivas de mi cargo, pero ¿cuál fué su sorpresa cuando un poco antes de Tepeji de las Sedas encuentro á D. Juan Terán y otros conocidos que corriendo á mis brazos me saludan su general? ¿Quién me besa la mano? ¿Quién le da el parabien al Sr. cura? Mi amo estaba mas confuso que D. Quijote cuando Dulcinea se transformó en aldeana. Pidióme mil perdones, y de allí en adelante no se atrevia ni á levantar sus ojos de avergonzado, ¡noble sencillez que envidio siempre que la recuerdo!

Mi llegada á Tehuacán en tan ridícula figura causó recelos á su comandante, quien me conocia como á sus manos, y veia el aplauso que se me tributaba: inspiróle desconfianza contra mí, llegando á tal descaro, que cuando entregó aquella fortaleza en 21 de enero de 1817, cuyo descubrimiento fué fruto de mi ingenio y multiplicadas tareas, me colocó en la *clase de un carabiniero raso*, poniéndome á las manos de las tropas españolas, y empleándome en comisiones mas riesgosas que en las que el salmista destinó á Urias.... ¡Tales crímenes, maldades tales!... ¡ah! cubrámoslos con el velo del silencio. . . .

Cai prisionero en poder del toreador Bracho, coronel de Zamora, quien despues de vomitar sobre mí las injurias mas atroces, y vertir las desvergüenzas y andaluzadas mas soeces, me mandó encapillar, poniéndome bajo la direccion de su padre ca-

pellan en 19 de enero de 1817, desde cuyo dia hasta el 22, no se me ministró una migaja de pan, ni un trago de agua, ¡vive Dios que es verdad! suspendiendo la ejecucion de orden del comandante D. Ciriaco Llano.

Puesto á disposicion del gobierno español se me tuvo en Puebla catorce meses con la ciudad por cárcel, aislado, sin recursos, y reducido á una accesoria por casa, un petate y una frazada por ajuar, y por asistente mi misma persona, abrumado por los sarcasmos é insultos que recibia por sus calles; saliendo solo de noche á la fuente por agua, y á los figones por un mísero alimento. Imploré repetidas veces la compasion del Sr. obispo Perez; mas apenas me socorrió en diversas ocasiones con veintidos pesos; pero no me ultrajó, y su dulzura suavizó mi suerte en algun modo. El único corazon sensible que encontré en época tan desgraciada, fué el del Illmo. Sr. Fonte, arzobispo de México, que me asignó una mesada de quince pesos, me escribia con frecuencia, y se interesaba por mi felicidad.... ¡Eterna sea su memoria, como lo es mi gratitud á su beneficencia!

Ya sano me habilitó para ejercer mi ministerio: logré el interinato del Real del Monte, pues no he logrado la restitution de mi beneficio, sin embargo de la ley expresa del soberano congreso, en donde estaba sirviendo cuando la época de la independencia. No creí entonces necesaria mi asistencia personal, pues se me informó que estaba generalizada la opinion, y ví conseguidas mis ideas; pero en el púlpito exhortaba, y en el confesonario convenia. Instruí por cartas á los pueblos en el santo dogma de la libertad é independencia, y les ponía en claro sus derechos. Auxilié al Sr. Guerrero con reales y víveres: dí noticias de interés y del momento al gefe de las garantías é hice cuanto estaba en mi posibilidad y alcance."

Tal es el manifiesto del recomendable párroco *D. José Manuel Correa*, de honrosa memoria, † en el que se refieren hechos dignos de llenar las páginas de este Cuadro.

† Soy testigo de una buena parte de los hechos que refiere. Era la probidad personificada.